

FERNANDO

Cuando mis diminutos ojos se abrieron, se encontraron en sus brazos. Me contaron que con un poco de ayuda me sujetaba en sus acogedores brazos y nuestras miradas se cruzaron con una ternura que pocas veces se veía con esa fuerza, una ternura que prometía una unión sincera. Iba creciendo y había alguien aparte de aquellos a quienes llamaban mis papás que siempre me acompañaba... poco a poco iba teniendo más conocimientos y me daba cuenta de que él, el chico que siempre estaba a mi lado, que nunca hablaba y que me acurrucaba en sus brazos cuando dormía... era diferente al resto y recibía un trato muy atento y especial por parte de toda la familia. Fernando...

- ¿Qué es Fernando, mamá? - Le pregunté.

Ella, me miró con ternura.

-Fernando es el nombre de tu hermano cariño-, me dijo juntando las manos de aquel chico y las mías que terminó con otro cruce de miradas y una enorme sonrisa.

Había otros dos niños además de Fernando, ellos también jugaban mucho conmigo, pero... no como lo hacía él.

Poco a poco mi curiosidad por el mundo aumentaba, y una parte muy importante de mi mundo era al que llamaban Fernando, notaba una sensación muy fuerte dentro de mí cuando estábamos juntos y lo tenía en mi mente cuando se ausentaba.

A la edad de 5 años, comencé a explorar más, quería saber el por qué era tan fuerte esa sensación que yo sentía hacia él, porque le trataban diferente y le prestaban tanta atención. Así que con mis alborotados ricillos fui corriendo a preguntarle a mi mamá:

- ¿Mamá, por qué Fernando se comunica de manera diferente a los otros niños?
- ¿Mamá por qué Fernando necesita ir sentado todo el día en silla de ruedas?
- ¿Mamá, por qué Fernando necesita ayuda para acostarse?

Ella sorprendida por mis inquietudes y ganas de saber, me subió encima de mi hermano, tal y como hacía cuando nos íbamos a la calle, nos cogió la mano a los dos y mirándonos dulcemente explicó:

- Cariño, Fernando no es como los demás niños. En ese momento le brotaron un par de lágrimas que se deslizaban paralelamente por sus mejillas.
- Fernando es... especial. Él no puede hablarte, tienes razón, pero eres muy pequeña todavía y desde que os visteis por primera vez os entendisteis a la perfección

Por un momento se hizo el silencio, se quedó sin fuerzas para continuar y cogió aire acariciando mi pequeña cara.

- Cariño, no sé si lo entenderás, pero poco a poco lo irás conociendo y es algo que debes saber - continuó. Tu hermano nació con Parálisis Cerebral.

Me quedé completamente callada, seria, confundida, ya que, hasta el momento desconocía que era eso y temía que

fuera algo malo. En ese momento miré fijamente a mi hermano, le cogí la mano, que me recordaba al personaje de una película de un niño que nunca quería crecer, me armé de valor y dije:

- ¿Mamá que es la enfermedad de la parálisis cerebral?

A lo que ella me contestó:

- No es una enfermedad, es una lesión cerebral que le impide a tu hermano realizar funciones como caminar, hablar, utilizar las manos...

Y yo continué:

- Pero él nos entiende cuando hablamos, yo hablo con él cuando jugamos ¿verdad que si mamá?

Ella cambiando de lugar la mirada contestó:

- No lo sé, cariño, quiero pensar que sí.

Yo, al ver la reacción de mi mamá decidí callar y me limité a fundirnos los tres en un afectivo y profundo abrazo.

Seguía con mucha curiosidad por conocer y poder hablar con aquel niño, que para mí tenía la sonrisa más bonita y más brillante que había visto.

Íbamos creciendo y yo cada vez me daba más cuenta de las cosas. Había una cosa que no entendía que era el por qué se llevaban a mi hermano todas las mañanas en un camión gigante y todavía entendía menos el por qué las personas que lo subían me tenían tanto cariño.

Aun así, yo me quedaba en casa ideando y creando juegos para cuando Fernando volviera. Pero aquel año, al dejarle en el camión ya no me llevaron a casa, me llevaron a un sitio al que llamaban colegio.

Yo ya había escuchado esa palabra antes, concretamente cuando preparaban a mi hermano antes de bajar a la calle y llegaban aquellas personas tan cariñosas que se lo llevaban todas las mañanas.

Aquel sitio no me gustaba, no veía a mi hermano y no conseguía hacerme amiga de nadie, así que me sentaba en una esquina a escribir ideas, juegos y momentos divertidos que había pasado con Fernando. Los años en aquel sitio fueron pasando y no mejoraron mucho, me sentía sola, inferior, indefensa y muchos de los días llegaba a mi casa llorando, pero al llegar a casa... ahí estaba él, sonriéndome con toda la cara llena de chocolate y mil ganas de jugar conmigo, dispuesto a hacer lo que fuera por secar mis lágrimas y pintar una linda sonrisa en mi cara. Así que, cuando en el colegio me sentía triste, enfadada o desmotivada, pensaba en él y mis días automáticamente se hacían mejores.

Llegó el día de mi cumpleaños, en el que yo ya iba a tener 6 años y, como siempre, me hicieron la famosa pregunta:

- ¿Qué quieres que te regalemos este año cariño?

No me lo pensé dos veces y contesté:

- Quiero pasar un día en el sitio donde se llevan a Fernando.

Mis papás y mis hermanos no cabían en su asombro, pero no muchos días más tarde... allí estaba subida a aquel camión que llamaban *autobús del cole*. Siempre recordaré aquel día, mi hermano no paraba de reír y hacer sonidos como si estuviera cantando una canción y me hacía reír también a mí.

Al llegar nos recibieron con mucha alegría. Era un sitio con muchos colores y colchonetas y todo el tiempo hacían actividades que me resultaban de lo más divertidas. Había muchos niños, algunos de mi edad, otros más mayores y otros muchísimo más pequeños que yo. Me contaron que en total eran 51 niños y cada uno era un mundo. Mis ojos brillaban de admiración, algunos niños no me decían nada, apenas se movían, pero me miraban y algunos incluso me sonreían, otros me llevaban a conocer su clase en unas sillas de ruedas enormes y con otros me comunicaba a base de signos porque no podían oírme ni hablarme.

Me resultó de lo más divertido y a partir de ahí todos los años pedía como regalo de cumpleaños ir a pasar un día entero con ellos, y siempre que podía intentaba que mis padres me dejaran escaquearme del colegio para poder ir a verles.

A los 10 años, me preguntaron qué quería ser de mayor. Lo tenía clarísimo y muy contenta les conté que quería trabajar como los profes que se pasaban el día jugando con Fernando y sus amigos en clase.

La gente, al ver tanta ilusión en mis grandes ojos me respondían que para ser tan pequeña tenía las cosas muy claras y que si luchaba por mis sueños conseguiría alcanzarlos.

Pasaron los años y las cosas en el colegio seguían sin irme bien, pero un día de los que peor llegué a casa mi madre nos metió con ella en una habitación a mi hermano y a mí y nos puso música y comencé a bailar con él. Al ver que me costaba horrores mover aquella enorme silla, comencé a bailar en vez de con mi hermano a bailar para él y a dedicarle todos y cada uno de los bailes.

Él era mi mayor apoyo, mi motivación, el que me hizo seguir adelante. A partir de ahí todo mejoró, cada día estábamos más unidos y había gente que opinaba que éramos inseparables.

Pasamos tantas cosas juntos... cuando iba a su cole hacíamos mil cosas, un día incluso me llevaron a pasar una noche en el océano gráfico con los tiburones.

Otro día llegó un chico nuevo, Roberto, y mi hermano le cogió mucho cariño. Era más grande que mi hermano, gritaba mucho y por alguna razón cuando se ponía nervioso se golpeaba las manos contra sus dientes. Por aquel entonces yo ya tenía 12 años y aunque era pequeña, siempre que podía me tiraba con él en las colchonetas a jugar para que no se golpeará, hasta que finalmente nos quedábamos dormidos, abrazados, lo cual le creaba muchos celos a Fernando.

Pero el tiempo no se puede parar y cuando mi hermano cumplió 21 años tuvo que salir de aquel centro de parálisis cerebral infantil, lo que me puso muy triste y me hizo llorar a mares en la fiesta de despedida, aunque os adelanto que aquel no fue un adiós sino un hasta luego.

En todo ese tiempo había aprendido muchísimas cosas sobre Fernando, no todo eran buenos momentos, también se enfadaba conmigo, competíamos... Éramos un terremoto cuando estábamos juntos.

Han pasado ya 3 años desde que tuvo que dejar aquel centro y tampoco me puedo quejar del centro actual. Mi hermano se divierte cantidad, son unos fiesteros, aunque no me dejan pasar días con ellos ya que es un centro de día, pero me dejan participar en distintas actividades, así que por cuidar tanto a mi hermano, todas las navidades les dedicamos un baile juntos.

Con 23 años, ya casi 24 mi hermano sigue con sus problemas de epilepsia, que le han perseguido desde los 3 meses. Sigue sin poder andar y no puede hacer mil cosas, pero... Es capaz de sacarme de mis ataques de ansiedad con su simple presencia, con su recuerdo, su sonrisa... Es el causante de mis mejores escritos, es el que hace que cada día me despierte con fuerza y el que me ha regalado la ilusión de luchar por este gran sueño que acabo de emprender. Tengo diecisiete años vividos con mi hermano, años de amor y de magia, en los que una lesión cerebral no ha

podido evitar que se creen en mis recuerdos de momentos increíbles y también muy duros.

Me ha enseñado que no siempre salen las cosas como uno espera o como nos hubiera gustado que salieran, pero que siempre hay que buscarle el lado positivo a la vida.

Me ha hecho sentir el cariño que nunca voy a sentir por nadie más. Un amor desinteresado que jamás desaparecerá. Fernando me ha demostrado que no hay dificultad que nos impida soñar.

Escrito realizado por: Rocío Herrero Gea.